

## CRÍTICA DE LA CRÍTICA: LA VISIÓN DE RICHARD J. CALLAN SOBRE *EL SEÑOR PRESIDENTE*, DE M. A. ASTURIAS

La batalla mítica que Richard J. Callan, en su libro *Miguel Ángel Asturias* (1970), ha querido hacer pasar como el asunto fundamental de *El Señor Presidente* (1946), subestimando el tema político y el manejo de la realidad, así como otros temas míticos, resulta ser la batalla de Eros contra Tánatos (el amor contra la muerte). El momento crucial del matrimonio secreto de Cara de Ángel con la hija del enemigo del Presidente está dominado por la *oscuridad*, atributo del gobernante, por lo que será la fuerza de la oscuridad la que finalmente venza. Esta batalla mítica de luz y sombras no da pie, como veremos, a escatimar el tema político de la obra. Si bien la invisibilidad, la omnipresencia y la omnisciencia del gobernante son evidentes es necesario revisar el ensayo de Callan: "Babylonian Mythology in *El Señor Presidente*", capítulo tercero de su citado libro.

El título de la novela que nos ocupa –*El Señor Presidente*– posee resonancias políticas, a diferencia de *Tohil*, su título anterior.<sup>1</sup> Callan, sin embargo, asegura que en una novela política propiamente hablando, el personaje principal *debería* tener alguna opinión sobre el gobierno o sobre la manera como gobierna el jefe de Estado. Como Cara de Ángel carece de pensamiento político, en consecuencia no hay un desarrollo en esa dirección. Y si bien el general Canales pretende hacer una revolución, esta idea le llega después de que ha caído de la gracia del Presidente,<sup>2</sup> y finalmente no tiene éxito: el general

1 Quizá el escritor decidió modificarlo para hacerlo más claro al lector común, no especializado en mitología maya, pero acaso también para darle resonancia política.

2 Cfr. *El Señor Presidente*, Alianza/Lozada, 1987, p.77. Todas las citas de *El Señor Presidente* serán tomadas de esta edición.

muere de un ataque cardíaco al enterarse, por la prensa, de que su hija se ha casado con el favorito.

Esto último es cierto, pero no constituye un argumento sólido para proponer que la obra no es novela política, ya que a pesar de que Canales haya concebido la idea de una revolución un poco de modo visceral, eso mismo lo ayudó a *cobrar conciencia* de la injusticia. Cara de Ángel, aunque enviado por el Presidente, se lo dice con sus propias palabras:

¡No se pregunte, general, si es culpable o inocente: pregúntese si cuenta o no con el favor del amo, que un inocente en mal con el gobierno, es peor que si fuera culpable! (p. 67)

Es cierto que estas frases proceden de Cara de Ángel y forman parte de un plan para matar a Canales, pero también prefiguran la actitud futura del favorito: no vivir con su mujer cerca del Presidente, sino *alejarse* de él; ¿por qué? porque él mismo se percató de que poseer un pensamiento político acerca del Señor Presidente es tarea inútil, lo cual en sí mismo es una crítica al gobierno. Miguel lo hace explícito cuando le dice a Camila que *vivir* no es lo que ha hecho hasta entonces, es decir, repetirse: «Pienso con la cabeza del Señor Presidente, luego existo» (p.272).

Canales, por su parte, si en un principio reacciona contra el Presidente de forma visceral, más adelante –ya en el destierro–, se interesa por la historia de un indio que había sido honrado, pero que fue despojado de su tierra. Asturias se anticipa a lo que después será uno de los temas de la trilogía bananera: la venta forzada o, si hay negativa por parte del dueño legítimo, el despojo de los terrenos de los campesinos para dárselos a los norteamericanos. El indio, pues, recibió un golpe en la cabeza por reclamar sus mulas y cuando salió del hospital le pidieron tres mil pesos, pues se habían llevado a sus hijos y ese era el modo de recuperarlos. Fue a la capital a empeñar su terreno y un licenciado redactó una escritura de acuerdo con un *señor extranjero*; en realidad lo engañaron, pues había firmado la venta de su tierra: «A *poque* mandaren un hombre del juzgade a *díirme* que saliere de mi terrenite porque ya no *ere* míe, porque se los habíe vendide al *siñor* *extranjiere* en tres mil peses» (p.193). El indio juró que no era cierto, pero sólo le creyeron al licenciado. Canales, después de escuchar la historia, exclama: «¡Lo que defendemos los militares!» y cobra una auténtica conciencia sobre la situación del país:

En el corazón del viejo Canales se desencadenaban los sentimientos que acompañan las tempestades del alma del hombre de bien en presencia de la injusticia. Le dolía su país como si se le hubiera podrido la sangre. Le dolía afuera y en la medula, en la raíz del pelo, bajo las uñas, entre los dientes. ¿Cuál era la realidad? No haber pensado nunca con su cabeza, haber pensado siempre con el quepis. Ser militar para mantener en el mando a una casta de ladrones, explotadores y vendepatrias endiosados es mucho más triste, por infame, que morir de hambre en el ostracismo. A santo de qué nos exigen a los militares lealtad a regímenes desleales con el ideal, con la tierra y con la raza. (p.194)



La voz del narrador se transforma en la voz de Canales, quien ha cobrado conciencia sobre su pasado y futuro políticos. Que la haya cobrado porque el Presidente lo empezó a odiar por haber dicho, en un discurso, que los generales eran los «príncipes de la milicia» fue el detonante. En el destierro, el general se percata de que debe buscar un *orden social*. Su conciencia socio-política aumenta a medida que cabalga durante la noche. El viaje se mezcla con la denuncia social. La batalla de luz y sombras se hace nuevamente presente, cuando el indio acompaña a Canales a otro Estado: «Salieron de la cabaña sin apagar el fuego. Camino abierto a machetazos en la selva. Adelante se perdían las huellas de un tigre. Sombra. Luz. Sombra. Luz. Costura de hojas. Atrás vieron arder la cabaña como un meteoro» (p.194). Luego el general encuentra a tres amigas, hermanas solteras, que se comprometieron a ayudarlo. Canales se ha humanizado y se interesa por la muerte de la madre de éstas y por su reciente desgracia: por quince visitas que le hizo a la actual difunta, el médico les cobra «algo así como el valor de esta casa», todo lo que heredaron de su padre (p.196). A la llegada del Comisionado Político, «primera autoridad del pueblo», las solteras palidieron. Hay una resonancia demoníaca, pues el Comisionado exclama: «¡No asustarse tanto, niñas, que no soy el Diablo de los Oncemil Cuernos!» (p.197). Canales se oculta y la autoridad sospecha al ver un cuarto plato en la mesa. Una hermana le contesta que, a pesar de haber muerto su madre, aún le ponían su plato. El Comisionado trae una mala noticia: «recibí un telegrama del Ministro de Gobernación con orden de proceder en contra de ustedes si no le arreglan al médico». La autoridad insiste: «nueve mil pesos, la casa o...». Luego de que se retira, Canales escucha el llanto de las mujeres y les pregunta con qué las amenazan: «Con sacar a mamá de la sepultura». En su ensayo, Callan evade estas injusticias para hacer de *El Señor Presidente* un libro mítico sobre la lucha de Eros y Tánatos.

Pero el general se indigna por la situación: «¡Mediquito!»,<sup>3</sup> exclama. Se indigna también el narrador, y representa a Canales abriendo y cerrando los puños «como para estrangular no sólo a aquel bandido con título, sino a todo un *sistema social* que le traía de vergüenza en vergüenza» (p.199, el subrayado es mío). Asturias aprovecha para criticar la actitud católica, que «les promete a los humildes el Reino de los Cielos –jesucristerías–, para que aguanten a todos esos pícaros. ¡Pues no!» (p.199). Canales promete, nuevamente y ya con *otra* conciencia, una revolución:

Yo juro hacer la revolución completa, total, de abajo arriba y de arriba abajo; el pueblo debe alzarse contra tanto zángano, vidosos con título, haraganes que estarían mejor trabajando la tierra. Todos tienen que demoler algo; demoler, demoler... Que no quede Dios ni títere con cabeza... (p.199)

El general le escribe a su hija y su voluntad de hacer una revolución liberadora va más allá de las simples palabras y promesas: más adelante le pregunta –sobre el caballo y con pistola en mano– a un hombre que acababa de llegar –un contrabandista–, «¿Cuál de todos es el médico?». Una actitud visceral, producto de la indignación, se apodera de Canales, quien de un disparo mata al médico. Con la voz cortada por el galope del caballo, exclama después: «¡Lo... que... to... dos... de... bié... ra... mos... ha... cer... pa... ra... com... po... ner... es...te...pueblo...!»

La injusticia social se enfatiza también en el capítulo "Capturas". Allí presenciamos la captura de Niña Fedina, la esposa de Genaro Rodas, afuera de la casa del general Canales: «La mirada del Auditor dividió como un rayo a Niña Fedina. Un oficial y un sargento la habían traído casi a la fuerza adonde él vociferaba» (p.95). El Auditor la llama «¡Perra!», dice

3 Este médico contrasta con el doctor Luis Barreño, quien, en el capítulo "¡Ese animal!" denuncia, ante el Secretario del Presidente, la causa de las muertes en el Hospital Militar: el sulfato de soda que les dan a los soldados como purga (aún quedaban dos barriles). La corrupción del Jefe de Sanidad Militar fue causante de la adquisición del sulfato. El Presidente no escuchó las razones de Barreño: «no estoy dispuesto a que por chismes de mediquetes se menoscabe el crédito de mi gobierno» (p.33).

que la harán «cantar» y ordena que la incomuniquen. Como Cara de Ángel se ha llevado a Camila y el general Canales ha huido, el Auditor ordena que se lleve a cabo un salvaje cateo de casas:

Grupos de soldados, al mando de cabos y sargentos, se repartieron por todos lados. Registraban patios, habitaciones, dependencias privadas, tapancos, pilas. Subían a los tejados, removían roperos, camas, tapices, alacenas, barriles, armarios, cofres. Al vecino que tardaba en abrir la puerta se la echaban abajo a culatazos. Los perros ladraban furibundos junto a los amos pálidos. Cada casa era una regadera de ladridos[...] (p.96)

En este mismo capítulo también asistimos a la captura de otro inocente: el licenciado Abel Carvajal, a quien de inmediato «pasaron al calabozo en que seguían presos el estudiante y el sacristán» (p.98). A ellos narra los pormenores de su captura en el capítulo "Habla en la sombra", donde, nuevamente, la sombra adquiere dimensiones negativas: a Carvajal se le figura que «una mano alargada en la sombra» lo estrangulará (p.206). La batalla de luz y sombras unida a la denuncia de la injusticia es clara cuando, en el capítulo "Consejo de Guerra", el mismo Carvajal clama por la luz: «Dios mío, mis pobres carnes heladas tienen más necesidad de calor y más necesidad de luz mis ojos, que todos los hombres juntos del hemisferio que ahora va a alumbrar el sol» (p.212). Más adelante, cuando la esposa de Carvajal se entera del fusilamiento de su marido, ella misma se transforma en una sombra: «La sombra, el silencio, la suciedad, daban forma a su abandono, a su deseo de sentirse sola con su dolor, con esa parte de su ser que con su marido había muerto en ella y que poco a poco le ganaría cuerpo y alma» (p.237). Cuando la viuda pide ayuda a la sirvienta del Auditor para saber dónde estaba enterrado su marido, ésta prometió interesarse por lástima y la viuda se fue con esperanzas, pero el Auditor se lo reprocha a la sirvienta: «No hay que dar esperanzas. ¿Cuándo entenderás que no hay que dar esperanzas? En mi casa, lo primero, lo que todos debemos saber, hasta el gato, es que no se dan esperanzas de ninguna especie a

nadie» (p.242). La sirvienta quema la carta de la viuda y, una vez más, Asturias recurre a las resonancias demoníacas:

El papel, como algo vivo, revolcóse en una llama que palideció convertida sobre la ceniza en mil gusanitos de alambre de oro. Por las tablas de los botes de las especias, tendidas como puentes, vino un gato negro, saltó al poyo junto a la vieja, frotóse en el vientre estéril como un sonido que se va alargando en cuatro patas, y en el corazón del fuego que acababa de consumir el papel, puso los ojos dorados con curiosidad satánica. (p.243)

La serie de injusticias que se nos describen pertenecen a una novela de carácter sociopolítico, si bien *El Señor Presidente* no puede reducirse sólo a eso –debido a su carácter *mítico* en que, como aclara Gerald Martin (1970), hay un problema anterior a la denuncia política: el problema del *mal-*, pero la novela tampoco puede reducirse sólo al mito.

Callan piensa que porque no hay un pensamiento político *explícito* en el personaje principal –Cara de Ángel– ya por ello *El Señor Presidente* no es novela política. Sin embargo, el estudiante posee una opinión clara sobre el gobierno y, al salvarse del régimen, Asturias deposita en él las esperanzas en el conocimiento y la educación como forjadoras de una mejor sociedad. El estudiante es el *símbolo* del idealismo revolucionario, reflejo del Asturias del Partido Unionista que finalmente derrocó al dictador Manuel Estrada Cabrera (el Señor Presidente). En el capítulo "Habla en la sombra", después de que el sacristán narra a Carvajal el motivo de su encarcelamiento, el narrador se refiere al estudiante como el único en la cárcel que «callaba los motivos de su prisión. Hablar de sus pulmones fatigados le dolía menos que decir mal de su país» (p.208). El joven insiste en hablar de libertad, una de las nociones fundamentales del Siglo de las luces. Pero al sacristán le parece absurdo hablar de libertad en la cárcel. Una cuarta voz



insiste en que no hay esperanzas de libertad: «Los ciudadanos que anhela-  
ban el bien de la patria están lejos; unos piden limosna en casa ajena, otros  
pudren tierra en fosa común» (p.209). La conciencia política del estudiante  
se hace explícita cuando les dice a sus compañeros: «¡Qué es eso de rezar!  
¡No debemos rezar! ¡Tratemos de romper esa puerta y de ir a la revolución!»  
(p.210). Como ha observado Seymour Menton, la revolución de Canales fra-  
casa, pues una verdadera revolución no debe inspirarse por militares: «Sólo  
así se explica la importancia que Asturias le concede al estudiante anóni-  
mo», que sale de prisión. Recordemos que las revoluciones guatemaltecas de  
1920 y de 1944 fueron realizadas «en gran parte por los estudiantes» (Menton,  
1960:204).

Por otro lado, la misma *situación principal de la novela*: un autócrata  
endiosado en el poder –causa de todos los males–, es en sí misma de índole  
política. Asturias lo simboliza de modo muy claro cuando el Presidente vomita  
«un chorro de caldo anaranjado» sobre Miguel: «El subsecretario vino co-  
rriendo con una palangana que en el fondo tenía esmaltado *el escudo de la  
República*, y entre ambos, concluida la ducha que el favorito recibió casi por  
entero, le llevaron arrastrando a una cama» (p.232, el subrayado es mío).  
Observa Giuseppe Bellini que

en esta escena se hunden varios planos del «edificio» dictatorial: el  
Señor Presidente queda reducido a pura animalidad; el ex favorito  
sale destruido en su dignidad de hombre; el estado aparece entidad  
sin ningún valor, representado sólo por el escudo al fondo de una  
palangana, en la cual el mandatario vomita; el mismo Subsecretario  
es, en su abyección, el representante de una clase que vegeta sin dig-  
nidad a la sombra de la dictadura y la sostiene. (Bellini, 1982:22)

Otra denuncia política es la adulación hacia la figura del sanguinario. El  
hecho, pues, de que la obra posea una estructura mítica no significa que por  
ello *pierda* su carácter sociopolítico. Pienso más bien que ambos están estre-  
chamente unidos y que no puede perderse de vista ninguno de los dos. Un  
ejemplo característico de esto es la asociación que Asturias hace del mal con  
la oscuridad y de éstos con la política hecha a base de fuerza bruta. La  
*animalización* de los esbirros del presidente en ocasiones se asocia con la  
oscuridad. Así, cuando Niña Fedina se encuentra con el Auditor y escucha el  
llanto de su bebé, el esbirro le dice que morirá de hambre si no le comunica  
dónde está el general Canales. Entonces Fedina «se lanzó por una puerta,  
pero le salieron al paso tres hombres, tres *bestias negras* que sin gran trabajo  
quebraron sus pobres fuerzas de mujer» (p.119, el subrayado es mío). Fedina  
se convierte en una especie de muñeco, sin vida, como le ocurrirá a Cara de  
Ángel. Es lo que Iber H. Verdugo denomina *pelelización*, neologismo que de-  
signa «la condición de los hombres aplastados por el poder y por la fuerza  
que los desprecia como hombres y los maneja según sus designios»  
(Verdugo,1978:CLXX).<sup>4</sup> Esta *pelelización*, en ocasiones, se halla vinculada  
con la animalización.

4 Recordemos que ya en sus *Fantomimas* de juventud, Asturias había demostrado gran afecto  
por la caricatura y los hombres-títeres.

Pero Callan va más lejos en su lectura *mítica*. Según él, lo que choca al Presidente (símbolo de la muerte) no es el hecho de que Cara de Ángel se haya desposado con la hija de su enemigo, sino el hecho de que esté enamorado, es decir: el amor sería un modo –para Cara de Ángel– de vencer al Presidente.<sup>5</sup> El crítico no toma en cuenta que Miguel simplemente quiere *alejarse* del gobernante, de que se ha percatado que ni siquiera vale la pena luchar: prefiere realizar una vida personal con su mujer, construirse una utopía individual.

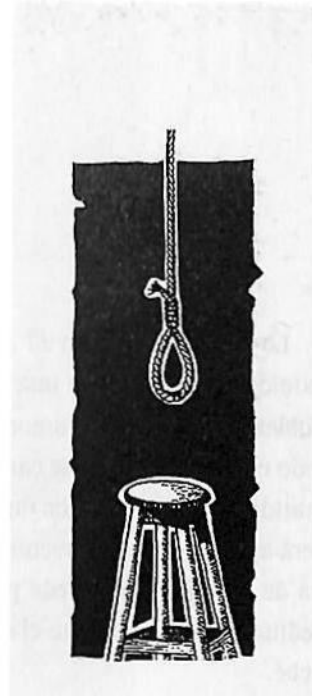
La postura de Callan va en total acuerdo con su interpretación general de la novela. Para elaborar su lectura, este crítico se basó únicamente en arquetipos míticos. Por ejemplo, afirma que la enemistad que Cara de Ángel produce en el Señor Presidente se basa en arquetipos antagónicos: fertilidad-destrucción, sin tomar en cuenta que Camila era nada menos que la hija de un general odiado. Así, propone que Cara de Ángel, unido a Camila, pretende triunfar sobre la *esterilidad* y la *extinción*, simbolizadas en el Presidente. Concluye que Miguel es un héroe de la *fertilidad* porque quiere hacer su vida cerca de la naturaleza y embaraza a Camila.<sup>6</sup> En realidad, Miguel se conforma con vivir lejos del déspota. Y, finalmente, *El Señor Presidente* no es obra de carácter rural, sino más bien *urbano*. El rasgo esencial en Cara de Ángel no es que sea o pretenda fertilidad, sino su *proceso de individuación*. Es eso lo que produce su enemistad con el Presidente, su nueva condición de ser individual, como lo había sido el *Mosco* –en un acto de heroísmo desinteresado– y como lo llegó a ser Canales antes de enterarse de que su hija se casó con el favorito (lo que le provoca un ataque cardíaco y la muerte, suceso del todo verosímil si tomamos en cuenta el amor que el general manifestó en distintas ocasiones por su hija).<sup>7</sup>

Pero Callan continúa con su fantasía. Basándose en la teoría junguiana del inconsciente colectivo, asocia a Camila con Ishtar, la *Magna Mater*, diosa del amor, de la fertilidad y de la guerra, que se enamora de Tammuz, amor que llega a ser fatal para éste: Tammuz muere y así se inicia el ciclo agrícola. El papel de Tammuz, para este crítico, está representado por Cara de Ángel. Todo esto carece de fundamento. Camila nunca se muestra como Gran Madre ni mata a Cara de Ángel, si bien su amor consolidó su *proceso de individuación*. Además, según Callan, el Presidente sería una Madre Terrible. Su argumento se fundamenta en la expresión “En el Portal del Señor”. Babilonia simboliza a la Madre terrible y *Bab-ilu*, de donde procede Babilonia, significa “La puerta de Dios”. Sin embargo, resulta que el Portal del Señor existió realmente. Lo demás es coincidencia y afán de buscar significados esotéricos donde no los hay.

5 Cfr. pp. 26-27.

6 Cfr. pp. 23-32.

7 Por ejemplo, cuando Camila entra en El *Tus-tep* después de ser raptada, jamás sospeché «que existiera este cuchitril hediendo a petate podrido, a dos pasos de donde feliz vivía entre los mismos del viejo militar, parece mentira ayer dichoso» (p.87). Cabe señalar que el nombre de *Tus-tep* (*two-sep*) se refiere acaso a esos «dos pasos» que separan las casas. La ironía de Asturias delata la frivolidad y eterna fiesta de los militares y del régimen (el *two-sep* es una baile).





Lo cierto es que en *El Señor Presidente* hay una total inversión axiológica: los malos e insensibles son los que salen bien librados. La nobleza, la amistad, el amor, la individualidad, el pensar por sí mismo, todo ello es severamente castigado. Niña Fedina, tras enterarse (por su marido) de que un señor raptará a Camila y de que el general Canales será apresado, va a prevenirlo, pues Camila será su comadre, la madrina de su hijo, y no puede permitir que le ocurra nada. La nobleza de Fedina será su perdición: el encarcelamiento, la tortura, la muerte de su bebé.

Las sombras se hallan asociadas simbólicamente con las fuerzas del mal, pero se pierde todo equilibrio: la luz es mínima y en ocasiones aparece en candelas ofrecidas a alguna Virgen. Casi toda la obra transcurre en la oscuridad: «Las noches de abril son en el trópico las viudas de los días cálidos de marzo, oscuras, frías, despeinadas, tristes» (p.73). En el capítulo "Centinelas de hielo", como ya se ha dicho, se asocia la noche con el mundo de los muertos.

Lo que Juan Villegas denomina *experiencia de la noche* (Cf: 1973:113-114), tema mítico que puede corresponder al aislamiento del iniciado en un lugar oscuro y solitario, donde experimenta acontecimientos en general aterradores para probar si es capaz de superarlos y así poder vencer al enemigo, se vincula con la *caída* de Cara de Ángel. En la trayectoria de este personaje, que incluye su *proceso de individuación*, son notorias la luz y la sombra, así como el conflicto entre estas dos entidades simbólicas.

La riqueza de la novela de Asturias permite una gran diversidad de lecturas. El mismo autor, en su ensayo titulado "*El Señor Presidente como mito*" dio pauta a una interpretación que va más allá de la denuncia política. Los símbolos del *mal* recorren la novela de principio a fin porque se trata de la representación del sagrado poder político mediante el símbolo del Presidente, que ya en la misma realidad histórica era visto por el común del pueblo como un hombre-mito, omnipresente y omnipotente. Más que ver en la novela símbolos de fertilidad y asociaciones con mitos babilónicos, habría que analizar el interesante sincretismo que Asturias crea entre la figura histórica de Manuel Estrada Cabrera con Luzbel y la divinidad maya Tohil, que en el *Popol Vuh* exige sacrificios humanos. En este sentido, Cara de Ángel, como ya ha sido notado por algunos críticos, es el ángel caído debido a su *hybris* o soberbia, es decir, por el hecho de haberse convertido en un individuo, en alguien sensible al dolor y que piensa por sí mismo, y por lo tanto, en enemigo de las fuerzas del mal. LC





## BIBLIOGRAFÍA

- Asturias, Miguel Ángel (1987), *El Señor Presidente*. Alianza/Lozada.
- Bellini, Giuseppe (1982), *De tiranos, héroes y brujos*, Roma, Bulzoni editore.
- Callan, Richard J. (1970), *Miguel Ángel Asturias*, New York, Twayne Publishers Inc.
- Martin, Gerald (1970), *El Señor Presidente and how to read it*, Portsmouth Polytechnic, reprinted from the *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. XLVII, no. 3, July.
- Menton, Seymour (1960), "M.A. Asturias: realidad y fantasía", en *Historia crítica de la novela guatemalteca*, Guatemala, Edit. Universitaria.
- Verdugo, Iber H. *et al.* (1978), "Una lectura «estructuralista»", en *El Señor Presidente*, Edición Crítica, Madrid, Klincksieck/FCE.
- Villegas, Juan (1973), *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX*, Barcelona, Planeta.